

VIVERO

(Sumiso, inclinándose.)

Vuestro hijo aguarda en su sitio
 las órdenes del cortejo;
 él cumple su deber, mientras
 Don Alonso, el heredero
 de Estúñigas y Guzmanes,
 que es sangre con privilegio,
 nadie sabe dónde está:
 acaso en la sala, haciendo
 figura entre los que danzan
 y os combaten en secreto.
 Condestable: en vuestro sitio...
 ¿quién os ha dado ese pliego?

DON ÁLVARO

Castilla, el faraute.

VIVERO

Yo
 me olvidara de leerlo,
 y dejaría las cosas
 como estaban.

DON ÁLVARO

Yo no puedo
 decirle al Rey que me olvido
 de servirle.

VIVERO

Le diremos,
 y será verdad, que estando

para cumplir lo dispuesto,
 no apareció Don Alonso,
 y fué en su lugar Don Pedro.

DON ÁLVARO

Si el Rey me mandara que
 esta noche, en el cortejo,
 llevara el Rey de Granada
 los estandartes del reino,
 sin mirar que era la empresa
 difícil, Pérez Vivero,
 ¡con los dos mil de mi casa
 le traería vivo ó muerto!

(Viendo al Príncipe.)

¡Ah, sois vos, Alteza!

PRÍNCIPE

Hablad
 lo que queráis con Vivero.

DON ÁLVARO

(Airado con el desaire del Príncipe y dirigiéndose á los pajes.)

¡Don Alonso de Guzmán:
 de orden del Rey, he de verlo!

(Los pajes hablan entre sí: nadie contesta.)

¡Don Alonso de Guzmán!
 ¿No está aquí? ¿No está dispuesto
 que todos los pajes ¡todos!
 figuren en el cortejo?

CATALINA

(Dentro.)

¡Favor!

DON ÁLVARO

¿Qué pasa?

MORALES

¡Justicia!

DON ÁLVARO

¡Ira de Dios! ¿Qué es?

MORALES

(Dentro, más cerca.)

¡Un muerto!

DON ÁLVARO

¡Un muerto!

PRÍNCIPE

Vos lo dijisteis
que le herirían, Vivero.*(El Condestable ha vuelto la cabeza y escruta con la mirada á los dos hombres. Vivero avanza, á tiempo que entran en escena Morales y los dos pajes restantes.)*

DON ÁLVARO

Pero, ¿quién es?

MORALES

Don Alonso.

Tiene una herida... en el pecho...
profunda... ya no respira...
en el foso... ¡Venid!

DON ÁLVARO

¡Quietos!

(A Vivero, inquiriendo terriblemente con la mirada.)¿No le visteis con el Príncipe
cuando pasasteis, Vivero,
por el foso?

VIVERO

No le vimos:
que nosotros no tenemos
la misma obsesión que vos
por Don Alonso, ni Pedros
de Luna á quien haga sombra.

DON ÁLVARO

(Con gran calma.)

No os dije tanto. ¡Teneos!

(Viendo que, cuando adelanta, los pajes se abalanzan á la puerta, saca su espada y, tomándola por la hoja,

mete delante la cruz de la empuñadura, diciendo:)

¡Justicia del Rey! ¡Que nadie antes que yo llegue al muerto!

(Salen con tumulto. Se van perdiendo las voces poco á poco. Quedan en escena el Príncipe y Vivero.)

PRÍNCIPE

(Que ha vuelto á dejarse caer en el sillón, junto á la mesa.)

¡Respiro! Este momento tan duro ya ha pasado...
¿No viste? ¡Me miraba de un modo el Condestable!...

VIVERO

¡Qué necio ha sido, Príncipe, matarle!

PRÍNCIPE

No lo digas.
Acerca un poco; mira qué rostro blanco... Envidio,

(Mostrando al de Vivero un joyel con una miniatura, que habrá tenido oculto en su pecho hasta este momento.)

envidio los pinceles que lo trazaron... Tiene

los labios rojos como el cielo de las puestas de Castilla los días serenos; cuando sólo mirarlo me desmaya...
...El ha sido: recuerda que yo sólo quería robarle esta pintura.
¡Si no fuera su madre tan hermosa! ¡Si al verla no me hiciera temblar, como en los grandes fríos del invierno! ¡Si hablarla pudiera; si á su vista no se cerraran mudos mis dos labios, que creo que los clavan los dientes!... Yo no quisiera entonces esta pintura; pero pido tan poco: ¡verla, tenerla entre mis manos, inanimada, como los muertos, más callada que yo mismo, pequeña —ella, cuando es tan grande que me llena la tierra y tapa el sol!—No; ¡todo por tenerla, mirándome con estos ojos dulces, que miran y no imponen desde aquí; que parece que, á través de una gasa, ardan, como los astros!...
Vivero: ¿yo quería matarle? ¿No te dije que sólo codiciaba

robarle esta pintura
con la faz de su madre?

VIVERO

Así dijisteis, Príncipe:
con todo...

PRÍNCIPE

¡Ah, pues no miento!
Pero sí; ven más cerca...

(Le coge de un brazo.)

Sí que miento: quería
más; ignoro yo mismo
lo que quería. Cuando
los brazos le eché al cuello
para tenerle, y tú
le robabas la joya;
cuando los dos, cogidos,
resbalamos, tocando
él, carne de ella, y yo,
carne de rey, el fango,
él gritó: ¡Madre mía!
pensando en ella; ¡Madre!
y yo le vi, infinita-
mente querido de ella;
en su regazo, como
los infanticos tiernos,
y pensé: «El ha vivido
dentro de sus entrañas,
y la ha besado, y sabe
que un grito suyo pone
en conmoción el alma
de aquella mujer única.
«¡Madre!» Yo no podía

taparle bien la boca,
y él la llamaba. Y ella,
si llega en aquel punto,
le habría defendido
contra mí; de las uñas
me lo habría arrancado,
llenándole de besos
las heridas, pegando
su rostro con el rostro
del doncel; toda abrazos
para abrazarle, toda
desprecio para el monstruo,
que soy yo. ¡No, Vivero,
¡hiere! ¡hiere!... El dió un grito...
¡Ah! ¿Tú has nacido de hombres
ó de tigres, Vivero?
Te bastó un solo golpe
para acabarle.

VIVERO

¡Aciaga
rapidez de mi brazo,
que no vacila, Príncipe,
cuando os sirve!

PRÍNCIPE

¿Por qué,
ya que había de amarla
de este modo funesto
y contra ley, Vivero,
no he nacido también,
como Alonso, hijo de ella?
¡Hijo suyo!... Hoy, haciendo
duelo conmigo de
la muerte del hermano,

tendrían sus caricias
el agrio poder de
las cosas exclusivas;
me abrazaría, al modo
singular que yo ansío,
mezclando en sus caricias,
al dulzor de los besos,
el acre de las lágrimas!...

*(Por un gesto de repugnancia que
sorprende en Vivero.)*

¡No! No vuelvas el rostro
reprobando, Vivero...
¡Asesino! Te acuso
delante de la Corte,
y los sangrientos miembros
de tu cuerpo villano
mañana cuelgan de
la torre del Alcázar.
¡Eres mío! No intentes
contradecirme; ¡aprueba!
Monstruo ó dios, yo no soy
como los otros hombres:
en amores, en ansias,
en deseos, en obras,
soy singular y rompo
la ley; ¡qué me marcaron
los astros, en la carne
y en el alma!

VIVERO

¡Señor:
hasta el crimen soy vuestro!
Si os he enojado, dadme,
matándome, castigo.

PRÍNCIPE

(Risa histérica.)

¡Ja, ja! ¿Tiemblas, Vivero?
¿Te doy miedo?

VIVERO

Sí; el miedo
que nos dan los abismos.

PRÍNCIPE

*(Haciendo un esfuerzo, con voz
serena.)*

Ya pasó... Fué preciso
que la emoción suprema
se resolviera; que
las gotas de su sangre
se evaporaran. Ya
puedes hablarme: soy
tu Príncipe, tu amigo.

VIVERO

Príncipe: en este sitio
no estáis bien.

PRÍNCIPE

¿Volverán?

VIVERO

Y el Condestable tiene
ojos escrutadores
y sospecha.

PRÍNCIPE

¡Jamás
me acusará el de Luna!
Su ambición no le deja
ponerse contra mí.

VIVERO

Pero yo...

PRÍNCIPE

Sí, Vivero;
tú eres odre mezquino
de villano pelaje,
lleno de vicios, crímenes,
lujurias, ambiciones
y liviandades; pronto
te desharían, sin
el favor de tu Príncipe.
Pero no temas; yo
necesito de ti,
porque tú no distingues
del bien y el mal y apruebas
todos mis desvaríos.

VIVERO

Yo os doy gracias, señor;
pero salid ahora
de estos sitios: ¡les oigo!

PRÍNCIPE

No; aguardemos, vendrá
con ellos ella, y quiero
verla sufrir un día
como yo sufro. ¡Oh, deja!

VIVERO

Oculto entre estas tablas
la veréis.

*(Va á salir por el primer término
derecha.)*

PRÍNCIPE

(Deteniéndole.)

No, no; aguarda.

VIVERO

(Dentro ya.)

¡Desde aquí!

PRÍNCIPE

(Siguiéndole.)

¡Deja; espera!...

¡No, Vivero! ¡Vivero!

(Sale también.)

MONTORO

*(Empieza á hablar dentro. Sale á
escena por el último término dere-
cha, la atraviesa y se marcha gri-
tando todavía por la rampa de la
derecha, primer término.)*

¡Los del entremés! ¡La gente
dispuesta para la farsa!
¡Es el momento; tiznad

manos, brazos, cuello y cara!
 ¡Moved las piernas! ¡Aquí,
 con risas, con algazara!...
 ¡Que se empieza; que se empieza!
 ¡Que está esperando el Monarca!

*(Movimiento de gentes que salen
 á escena con trajes abigarrados los
 unos, semidesnudos los otros.)*

JUAN DE MENA

*(Entrando por la rampa de la de-
 recha, precipitadamente.)*

¡Condestable!... ¡Está impaciente
 la Corte!

DON ÁLVARO

*(Entrando, al mismo tiempo que
 Juan de Mena, por la lateral iz-
 quierda, con un gesto breve que re-
 sume la grandeza del momento.)*

¡Tened!

JUAN DE MENA

¿Qué pasa?

DON ÁLVARO

*(A los que le siguen, con voz
 grave.)*

Por aquí: moved sin ruido.
 Por aquella puerta falsa
 del rincón, entrad con él
 en las salas del Alcázar;

que queden para guardarle
 de las mías, veinte lanzas;
 que, cuando acabe el servicio
 del Rey, yo mismo la guarda
 le haré esta noche, y que nadie
 sepa de ello hasta mañana.

*(Volviéndose á los demás, que le
 oyen.)*

¡Vosotros pegad la frente
 al suelo, los de la farsa;
 porque es un muerto y es Dios
 acusador el que pasa!

*(Salen de la lateral izquierda unos
 pajecillos con hachas. Se detienen,
 volviendo la cabeza, para esperar á
 los que traen el muerto. La gente
 de la farsa se arremolina á la puer-
 ta con un murmullo de horror. El
 Condestable y Juan de Mena les
 contienen. En el fondo se abre vio-
 lentamente la puerta de la escale-
 rilla, y Doña María la Brava, se-
 guida de Dama Catalina y de algu-
 nos caballeros de su casa, aparece
 en escena. Al darse cuenta del cua-
 dro, grita desde lo alto:)*

DOÑA MARÍA

¡Profanación! ¡Deteneos!
 ¿Qué vena de sangre mala
 tiene mi hijo, que su muerte
 como una vergüenza tapan?

(Desciende la escalerilla.)

¡Don Alonso, Don Alonso!
¿qué te han hecho, que no aguardas
con los dos brazos abiertos
á tu madre?

DON ÁLVARO

Hacedle plaza.

(El Condestable encoge los hombros, cediendo á la fatalidad, que es ya inevitable. La gente se vuelve hacia Doña María; los pajecillos, inconscientemente, hacen señas á los de atrás que se detengan, y quieren iniciar una retirada.)

DOÑA MARÍA

(Llegando.)

¿Dónde está?

(El Condestable da un paso para responderle.)

¡No, Condestable:
vos no, que esa mano es falsa!

(Doña María se vuelve á los demás, que la rodean solícitos.)

¡No, no; tampoco vosotros,
que en vuestras manos tiznadas
hay profanación!...

(Viendo á los pajecillos.)

¡Vosotros,
sus iguales en la infancia,

que hicisteis vida con él
cuando él vivía! ¿Qué vallas
le separan de su madre?
¿Quién ha sido? ¿Por qué causa?
¿Dónde está? ¿Dónde está? ¡Habladme
de otro modo que con lágrimas!

(Morales, que las lágrimas no dejan hablar, señala tímidamente en la oscuridad de la puerta.)

MORALES

AIII.

(Doña María inicia un paso hacia la puerta.)

CATALINA

¿Dónde vais?

DOÑA MARÍA

¡Con él!

DON ÁLVARO

Le traerán.

DOÑA MARÍA

(Rápidamente.)

¡No! ¡Aquí no! Mana
profanación de estos muros...
No es cortejo para un alma
vuestro cortejo; no son
de este lugar estas hachas...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DON ÁLVARO

Será un paso: le llevamos
por esta puerta á las salas
del Alcázar.

DOÑA MARÍA

¡No: jamás;
que está manchado el Alcázar!
¡No ha de pasar esta noche
él en la misma morada
que su asesino!

DON ÁLVARO

Mirad...

DOÑA MARÍA

¡Mirad vos, que en vuestra guarda
le teníais, y su sangre
corrió tan cerca, que os mancha!

DON ÁLVARO

Señora: el dolor...

MONTORO

*(Bruscamente entra por la rampa
de la derecha haciendo una cabriola
y gritando al caer á los pies del
Condestable.)*

¡Maestre,
la primera sonajada!

*(Hace sonar todos los cascabeles
de su caperuza. El Condestable, Juan*

de Mena y toda la gente se arremolinan, atropellando á Montoro. Se oye la bomba, que anuncia el comienzo de la fiesta; oyense los gritos lejanos de la multitud. Doña María se abalanza á la puerta, transfigurada, terrible.)

DOÑA MARÍA

¡Horror! ¡Cerrad esas puertas!
¡Que él no pueda verlo! ¡Basta
de sacrilegios!... ¡Maldiga
Dios esta noche nefanda!
—Decidle al Rey, Condestable,
de qué modo una agraviada
rica-hembra, de su Corte,
siguiendo á un muerto, se marcha
á buscar luto en la noche,
ya que hay fiesta en el Alcázar.
Romped de vuestras justicias
en dos pedazos la vara:
ya que, por dejar hablar
los bufones, ellos callan.
Decidles á vuestros nobles
que con sus hijos se vayan
á tierra de infieles, que
les tendrán más buena guarda.

DON ÁLVARO

Vos misma podéis, señora,
hacer al Rey la demanda...

DOÑA MARÍA

Pudiera, llevando al troño

mis vestiduras rasgadas,
pedirle justicia al Rey;
que un tiempo los de su casa
solían hacerla; pero
como es prenda en sangre hidalga
no pedir nunca lo que
se le debe sin demanda,
vos le diréis que me aparto
de su justicia; que no haga
cuenta de fallar en este
como en otros casos falla;
que si estos crímenes son
uso en la Corte, faltaba,
para acabar con el uso,
ser el muerto de mi casa.
—Y vosotros, la raez
de los vasallos, la baja
chusma, que en horas de fiesta
perdéis la figura humana,
porque quiero que guardéis
memoria de mis palabras,
¡tomad! ¡Ved cómo una madre,
por no profanar con galas
la muerte del hijo, tira
de estas joyas que le abrasan
la carne!...

*(Rompe sus collares, sus velos,
sus preseas.)*

¡Luto, ya el luto
toda la vida en el alma
y en el cuerpo!

*(A uno de los caballeros que la
acompañan.)*

Dadme el manto

vos, justicia de mi casa,
que en este crimen entiendo
yo en persona; no me engaña
con su justicia una Corte
que todo lo mete á farsa.

*(Se envuelve en el negro manto
de su justicia y dice, señalando la
puerta.)*

Abrid, Condestable; mientras
vos, con vuestra cabalgada,
alegraréis á la Corte,
yo, con mi muerto, en la santa
dignidad de las tinieblas,
me apartaré del Alcázar;
que de donde echan al hijo
es bien que la madre salga.

*(Va á salir; los pajes la detienen
todavía en la puerta, y Pedro de
Luna, con un arranque noble y
brusco, cayendo á los pies de Don
Alvaro, dice:)*

PEDRO DE LUNA

¡Libradnos, padre, á los pajes
de andar en la cabalgada!
¡Que se doble el estandarte
que para mí destinaban
en el carro del cortejo!
Acompañando á la dama
saldremos, si nos dejáis,
y si no nos dejáis, manda

Dios, Condestable, y los pajes
entregamos las espadas.

*(Don Alvaro de Luna, ocultando
su emoción, hace á su hijo gestos
que accede á lo pedido. Doña María
recibe casi en sus brazos á Pedro
de Luna.)*

DOÑA MARÍA

Venid vosotros; huyamos
de esta corrupción... ¡Entrañas
de las madres que os criaron;
no saben qué les aguarda!
Venid... y pensad, Maestro,
cómo estará de acabada
la prez de Castilla entera,
toda la honra castellana,
que una mujer y unos niños
se la llevan del Alcázar.

(Salen. Dentro.)

¡Hijo, hijo mío! ¡Responde,
que es tu madre quien te llama!
¡Hijo!... ¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!...

DON ÁLVARO (*)

*(Dejándose caer en un sillón y
examinando una daga manchada de
sangre, que tiene entre las manos.)*

¡No me pagará el Monarca

(*) Para el mayor efecto teatral del acto pueden suprimirse los versos que siguen, cayendo el telón al hacer mutis Doña María.

con todo el oro del reino
este servicio!...

*(A Juan de Mena, que se tendrá á
su lado en pie.)*

Es honrada
y hosca el alma tuya, Juan
de Mena: de todas trazas
procura dar esta noche
con el Príncipe, y, con maña,
que él no sospeche, examina
si en su vestimenta hay manchas
de sangre...

JUAN DE MENA

¿Qué?...

DON ÁLVARO

(Friamente.)

y si, en su cinto,
falta ó no falta la daga.

JUAN DE MENA

¿La respuesta á vos?

DON ÁLVARO

¡Y á nadie
más, ni en salvación del ánima!

(Sale Juan de Mena. Don Alvaro,

*recobrándose, á la gente de la farsa,
que aguarda sus órdenes.)*

¡Rompe la marcha, Montoro!

MONTORO

¡Sonajadas! ¡Sonajadas!

*(Gritería, golpes de bombardas,
tumulto estrepitoso. Mueve á andar
la cabalgada.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El salón del homenaje en el castillo de Peña-Roa, cerca de Valladolid, viejo solar de los Estúñigas, casa-raíz de Doña María López de Guzmán y Estúñiga.

Hay en el castillo y en todo su aparato, huellas del abandono en que, por aquellos tiempos, tenían sus tierras los nobles de solar, que empezaban á convertirse en nobles palaciegos y en intrigantes cortesanos.

Nótase el abigarramiento de una instalación improvisada, que trasciende á vivienda de caudillo, en el alto de un ejército en campaña.

La gran sala tiene, en la pared del fondo, un portalón que se abre sobre el primer recinto almenado del castillo. Se ven las almenas, recias y negruzcas; llanura y telón con horizonte de montañas.

A la derecha una puerta que da á la torre del castillo. A la izquierda, en primer término, otra que comunica con las habitaciones interiores.

La torre, á la derecha, forma un ángulo muy entrante en la escena. A una parte de este ángulo habrá un estrado. Sobre el banco de juez de Castilla que hay en él, por haberlo sido en el tiempo un Estúñiga, habrá la espada de Don Alonso, desnuda, colocada de punta y apoyada la empuñadura en el respaldo.

Al levantarse el telón, Nuño, Mari-Barba, Montoro, Juglar, Silvia la Juglaresa y Criados. Hacen grupo sentados por el suelo y en los escalones de piedra que forman el estrado. La puerta del fondo está abierta.

Son las primeras horas de una mañana clarísima.

No hay guardias en las almenas.

NUÑO

(Mientras los Criados, Mari-Barba y Montoro aplauden al Juglar, que acaba de decir unas trovas.)

¡Otra, Juglar!, que así pagas
el pan, el techo y el vino